

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 265-278.
e-ISSN: 3101-5816

La palabra de Dios nacida del silencio

THE WORD OF GOD BORN OF SILENCE

MONS. MANUEL SÁNCHEZ MONGE
Obispo emérito de Santander

La palabra de Dios nacida del silencio

Mons. Manuel Sánchez Monge
Obispo emérito de Santander

Recibido: 15/10/2025

RESUMEN: La palabra humana expresa, comunica, transmite su interior, no sólo ideas. La Palabra de Dios también lo expresa a sí mismo, la Palabra se hizo carne, es encuentro personal en Cristo. Sufrimos ante las palabras vacías, la verbosidad exagerada, el ruido que escapa al miedo a abrirse sinceramente, el desgaste de las palabras. El misterio de Dios y de la comunicación humana al corazón y desde el corazón se abre en el silencio. El amante de la Palabra de verdad sincera es amante del silencio, del misterio, donde encuentra la paz y la sabiduría para escuchar primera, y hablar palabras auténticas después. La Iglesia comunica el Evangelio como Buena Noticia cuando ha recibido y escuchado en adoración la Palabra, para no predicarse a sí misma.

Palabras clave: comunicación, misterio, mística, palabra, silencio

Códigos UNESCO: Otras (Mística y Literatura Espiritual) (6202.99), Lengua y Cultura (6301.05)

THE WORD OF GOD BORN OF SILENCE

ABSTRACT: Human language expresses, communicates, and transmits our inner being, not just ideas. The Word of God also expresses Himself; the Word became flesh, it is a personal encounter in Christ. We suffer from empty words, excessive verbosity, the noise that runs away from our fear of sincere openness, the wear and tear of words. The mystery of God and of human communication to and from the heart unfolds in silence. The lover of the Word of sincere truth is a lover of silence, of mystery, where they find the peace and wisdom to listen first, and then to speak authentic words. The Church

preaches the Gospel as Good News when he has recived and paid attention in adoration to the Word, so she preaches Him, not himself

Keywords: communication, mystery, mysticism, silence, Word

D. José María Díaz, canónigo y Deán del Cabildo Metropolitano de Santiago de Compostela, ha sobresalido por sus cualidades oratorias. Tanto la Palabra de Dios como la palabra humana necesitan el silencio para ser fecundas. Este convencimiento me ha llevado a elegir el tema de “la Palabra de Dios nacida del silencio” para hilvanar unas reflexiones y colaborar en el homenaje que le tributa la Catedral Compostelana a este insigne mindoniense. Como amigo personal suyo y como obispo que fui de Mondoñedo-Ferrol considero “obligado” participar en este acontecimiento.

LA PALABRA, INSTRUMENTO PRINCIPAL DE COMUNICACIÓN

Nos comunicamos de muchos modos: un beso, unas lágrimas, una sonrisa... pueden expresar en muchos casos lo que difícilmente podríamos transmitir con palabras. Incluso guardando silencio junto a un amigo que sufre, podemos expresarle nuestra más íntima cercanía en los momentos de dolor. Pero el modo más pleno de comunicación interhumana es la *palabra*.

Hay, sin embargo, palabras y palabras. Algunas de ellas no son más que sonidos que lleva el viento. Hablamos por no estar callados. Nuestras palabras no nacen del silencio y de la reflexión y, por tanto, hablamos para gastar el tiempo. En ocasiones hablamos porque no somos capaces de estar a solas con nosotros mismos. Son las nuestras palabras desgastadas, vacías, ruines y, a veces, engañosas. “Después de cerca de cuarenta siglos de civilización oral, la Palabra es una moneda agotada. Ha languidecido por el espíritu de mentira oriental, por el énfasis y por la astucia. Se ha debilitado por la sutileza de los griegos, por la retórica de los romanos. Se ha corrompido en las cancillerías medievales y por la cortesía moderna. Por último, el lenguaje de nuestras democracias y de las dictaduras ha puesto en el mercado palabras sin consistencia. El lenguaje ha devaluado asimismo la devoción: ¡cuántas palabras espurias hay en nosotros los creyentes, que estamos obligados a emplear el vocabulario o bien del mayor amor o bien del mayor pecado”¹.

Sin embargo, la palabra humana debe ser *comunicación* de cuanto el

¹ GUITTON, Jean, *El genio de Teresa de Lisieux*, Valencia, Edicep, 1996, p. 21.

hombre vive, ansía o espera. Cuando hablamos decimos mucho de nosotros mismos. La palabra es *apelación*, tiene capacidad para despertar energías, posee una virtud operativa. La palabra de un juez tiene poder y no digamos la palabra revolucionaria que enardece a las masas. Por la palabra el hombre domina y hasta se cura (función catártica de la palabra en la que se funda la logoterapia), por la palabra el hombre empeña su honor y hasta su vida. La palabra también es *mensaje*: transmitimos noticias, narramos lo sucedido. Ahora nos referimos a las palabras que expresan ideas, vivencias, sentimientos.

El ser humano tiene logos. Y la razón enmudece cuando no toma la palabra. Hay que reivindicar la palabra en un tiempo en que se ha depauperado notablemente. Julián Marías se sorprendía en su *Tratado sobre la convivencia* de que tanta gente despachara las cuestiones de palabras creyendo que carecen de importancia, cuando son las más graves y peligrosas. Si la palabra es una cuestión muy seria es porque hay pocos honores más elevados que ser una persona de palabra. Y para serlo, hay que aprender a sostenerla y acreditarla con la propia vida.

Hay un viejo mito que sigue muy vivo: aquel que dice que lo que no se nombra deja de existir. Muchos de los que alertan del empobrecimiento del lenguaje no hacen sino repetir lo que decía Syme, el responsable del diccionario de neolengua en 1984: ir reduciendo las palabras para que la capacidad de pensamiento sea más exigua. Hay que volver a manejar a diario palabras como honor, virtud y comunidad. Con esas tres ya tenemos para dar y tomar. La vibración de la palabra dicha al oído, cantada, pronunciada desde el amor susurrante de una madre. La palabra es el instrumento que Dios ha dado al hombre para el don maravilloso de comunicarse en libertad.

Las primeras palabras de un ser humano fascinan, las últimas quedan en la memoria como un precioso legado. Las palabras pueden construir puentes hacia la patria ancha del nosotros. Sólo el silencio es capaz de engendrar poesía. “Las grandes palabras se acunan en el hueco del silencio atento y calmado que saca a flote, como paciente pescador de río, lo no dicho, lo sugerido, lo inefable”. Las palabras son como puertas, bellas y firmes, claras y seguras, pero puertas abiertas a lo infinito o puertas que se pueden cerrar para impedir el acceso a otros. Pero la palabra humana posee un doble filo y por eso su uso comporta un riesgo. La palabra humana puede contener veneno e iniquidad.

LA PALABRA DE DIOS ES VIDA Y AMOR

La Palabra de Dios no es una palabra superflua y vacía como tantas palabras humanas. Dios crea al hombre y lo ama. Dios es padre y quiere lo mejor para cada una de sus criaturas. Por eso toda su palabra es una guía para nuestra

vida y nuestra felicidad, fuera de ella no existe felicidad plena. La Palabra de Dios está hecha de vida, de amor, de acciones... “Todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, cuidad de practicarlos, para que viváis, os multipliquéis y lleguéis a tomar posesión de la tierra que Yahveh prometió bajo juramento a vuestros padres” (Dt 8, 1).

“Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero” (Sal 119, 105). La Palabra de Dios ilumina nuestro caminar, orienta las situaciones de nuestra existencia, nos enseña el bien que hemos de realizar y nos orienta hacia el cielo. “La vía maestra para descubrir nuestro camino es la lectura frecuente de las Escrituras inspiradas por Dios”, decía san Basilio el Grande.

El evangelio de Jesucristo es Palabra de vida y de esperanza, Palabra luminosa y llena de fuerza, Palabra de verdad y de sabiduría, Palabra de amor que mueve a la caridad fraterna, Palabra de salvación plena. “Jesucristo es la fuente de la vida; por eso nos invita a sí como a una fuente (cf. Jn 7, 37-38); bebe de él quien lo ama, bebe de él quien se alimenta de su Palabra. Si estás sediento, bebe de esta fuente de vida” (San Columbano).

La Palabra se ha hecho carne; es personalmente Jesucristo. El camino de Jesús es la historia de la Palabra de Dios que ha convivido, se ha manifestado, se ha dejado ver y tocar. La palabra Divina ha hablado con palabras humanas. La historia de Jesús, desde el nacimiento hasta la cruz y la resurrección, es Palabra de Dios que sonríe, predica, enmudece y se anuncia gloriosamente.

“La Palabra de Dios que es también sabiduría de Dios, se hace aún más penetrante para quienes creen en ella y la aman. ¿Qué hay, en efecto, imposible para el que cree o difícil para el que ama? Cuando esta palabra resuena, penetra en el corazón del creyente como si se tratara de flechas de arquero afiladas, y lo penetra tan profundamente que atraviesa hasta lo más recóndito del espíritu; por ello se dice que es más tajante que una espada de doble filo, más incisiva que todo poder o fuerza, más sutil que toda agudeza humana, más penetrante que toda la sabiduría y todas las palabras de los doctos” (Balduino de Ford en una de sus homilías²).

EL SILENCIO FECUNDA LAS PALABRAS HUMANAS Y DIVINAS

Para que la palabra humana y la Palabra de Dios sean eficaces es necesario que sean engendradas en el silencio. Lo decía ya en su tiempo *Pablo VI*: “Nosotros, hombres modernos, estamos demasiado extrovertidos, vivimos fuera de nuestra casa, e incluso hemos perdido la llave para volver a entrar en ella”.

El silencio no es vacío, sino espera y disponibilidad para recibir, nos ayuda

² Citado en SARAH, Cardenal Robert, *Dios o nada*, Madrid, Ed. Palabra, 2015, pp. 55-56.

a recuperar la profundidad de palabras y gestos que llegan a ser verdaderamente capaces de comunicar la verdad que las inspira y a preparar aquel espacio de encuentro que, dejando al otro la primera palabra, lo hace sentir acogido e invitado a la comunicación de sí. Este movimiento es la condición para poder ser generativos. Hay que saber escuchar y dejar que la palabra habite en nosotros, y que nos transforme desde el interior.

En determinados momentos es necesario callar sobre lo que no se puede expresar con palabras, sobre lo inefable. Lo recordaba aquel joven que iba para arquitecto y se murió oblato trapense, san Rafael Arnáiz Barón. Ante el Misterio nuestro saber no pasa de la aproximación y nuestro discurso es puro balbuceo. “Cuando el espíritu calla de tanto como tiene que manifestar, no vale ningún idioma”, afirma J. Guillén en su estudio sobre S. Juan de la Cruz³.

Si el hombre busca y trata de expresar con palabras el misterio que le envuelve y le desborda, llegará un momento en que tendrá que dar un salto cualitativo y convertirse en el hombre capaz de callar y adorar. El silencio de la adoración no es mutismo robador de la palabra debida y esperada, sino cabal expresión de la incapacidad para decir y decirse. Es desbordamiento en el que el hombre calla de tanto como tiene que expresar.

“Las grandes palabras se acunan en el hueco del silencio atento y calmado que saca a flote, como paciente pescador de río, lo no dicho, lo sugerido, lo inefable”. Las palabras son como puertas, bellas y firmes, claras y seguras, pero puertas abiertas a lo infinito o puertas que se pueden cerrar para impedir el acceso a otros.

Sin embargo, no faltan ocasiones en que el silencio sobre lo esencial ya no puede ser observado sin lesionar el deber de sinceridad y de verdad, y sin poner en peligro el núcleo mismo de lo esencial⁴. Dios ha puesto en el corazón de todo hombre un pozo profundo en el que puede hallar el agua de la vida. Hay que excavarlo para que el agua emerja de las profundidades.

Es la intimidad del corazón lugar sellado donde puedes encontrar a Dios y vivir en comunión con Él. No des rodeos para encontrarte con Dios que habita tu corazón. En el silencio pronuncia el Padre su Única Palabra: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco”. Calla y acoge. Olvida tus proyectos para descubrir el plan de Dios sobre ti. Con el inmenso ruido que llevas dentro, nunca oirás la suave brisa en la que Dios se manifiesta. Calla.

El gusto de la Palabra lo tiene únicamente quien saborea el silencio. El hombre de la Palabra es, ante todo, el hombre del silencio. Antes de tener el

³ GUILLÉN, Jorge, *Lenguaje y poesía*, Madrid, 1972, p. 109.

⁴ Cf. GUITTON, J., *Silencio sobre lo esencial*, Valencia, 1988.

coraje de las palabras, los verdaderos profetas tienen el coraje del silencio. En él la Palabra se apodera de ellos, se hace carne de su carne y vida de su vida. Es en el silencio donde la Palabra se incorpora a nosotros, se encarna en nosotros, madura en nosotros. Y nosotros maduramos con ella. Es en el silencio donde la Palabra alcanza su propia fuerza creadora, donde encuentra su fecundidad y nos descubre nuestra verdad. Sin silencio decimos cosas, pero nuestras palabras no dicen nada.

Nuestra palabra y nuestra vida en este mundo dominado por el ruido llegarán a su destino si están impregnadas de silencio. Este es el caso de Juan el Bautista -surgió del desierto y vivió en él- y de las comunidades cristianas primitivas que nos han transmitido su testimonio. Testimonio confirmado por su propia experiencia. Testimonio realista, humilde, en el que ha desaparecido todo triunfalismo personal.

El silencio es una de las condiciones para que resuene la voz de Dios, para “sentir y gustar las cosas internamente” (S. Ignacio de Loyola), por “de dentro”, como gustaba decir Quevedo. Sólo desde el fondo del silencio puede emerger una palabra profunda, sólo desde él se puede leer dialogando con el autor o escribir sin traicionar la experiencia.

Como ha mostrado J. L. Chrétien en *El arca y la palabra*, el silencio es posibilidad de escucha, posibilidad de respuesta, lugar de encuentro y presencia mutua, de recuperarse para la ofrenda, pero también exceso, éxtasis, silencio místico, su posibilidad más alta, donde la palabra recibe -en la sorpresa y la pasividad- el don de un silencio más elevado.

Vivir en silencio ante Dios es dejarle penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser para, libres de nuestra palabrería, de nuestras mentiras y de nuestras excusas, conocernos a la luz de su verdad. Callados ante Dios, descubrimos nuestra pequeñez y pobreza, nuestra superficialidad y vacío; sentimos la necesidad de verdad, de amor, de vida y de libertad; nos sentimos necesitados de perdón y transformación.

No digas nada, no preguntes nada. / Cuando quieras hablar quédate mudo. /
Que un silencio sin fin sea tu escudo / y al mismo tiempo tu perfecta espada. /
No llores si la puerta está cerrada. / No llores si el dolor es más agudo. /
No cantes si el camino es menos rudo. / No interrogues sino con la mirada. /
Y en la calma profunda y transparente / que poco a poco y silenciosamente /
inundará tu pecho transparente / sentirás el latido enamorado /
con que tu corazón recuperado / te irá diciendo, todo, todo, todo [J. L. Borges].

Kierkegaard llega a decir que el mundo de hoy está enfermo. “Si yo fuera médico –añade- y alguien me pidiera un remedio, respondería: crea el silencio,

lleva al hombre al silencio”. Jung, por su parte, parece hacer eco a Pascal cuando advierte: “El que tiene miedo de sí mismo, busca compañías ruidosas y rumores estrepitosos. El ruido da cierto sentido de seguridad, como la locura; por eso se lo busca. El ruido nos protege de penosas reflexiones, destruye los sueños inquietantes..., es tan inmediato y tan predominantemente real que todo lo demás se convierte en un pálido fantasma”. Dijo san Vicente de Paúl que “el ruido no hace bien; el bien no hace ruido”.

El hombre de hoy, especialmente el que vive inmerso en las grandes ciudades, se halla continuamente bajo el impacto de palabras y rumores vacíos y variados que lo destruyen: ruidos de máquinas, voces de los que pasan, desorden de un turismo frenético de masas, prisa por llegar a punto a la cita y no dejar pasar los plazos, pitidos de coches con música estrepitosa, publicidad por todos los rincones... toda una orgía de estrépitos y algarabías.

El silencio protege el fuego interior

Enseña Diadoco de Fórtice: “Cuando la puerta de la sauna se deja continuamente abierta, se escapa a través de ella el calor del interior; de la misma forma, el alma en su deseo de decir muchas cosas, deja que se disipe el recuerdo de Dios por la puerta del discurso, incluso cuando todo lo que se dice es bueno. El intelecto, falto de ideas apropiadas y sin el Espíritu que guarde su entendimiento de la fantasía, derrama sobre el primero que encuentra un mar de ideas confusas. Las ideas valiosas, extrañas a la confusión y a la fantasía, rehuyen la verbosidad. El silencio oportuno es pues precioso ya que es nada menos que la madre de los pensamientos más sabios”⁵.

273

Me gustaría hablar con un hombre que haya olvidado las palabras. Este es el deseo del filósofo taoísta Chunag Tzu quien escribe: “El fin de una trampa para coger peces es coger peces y cuando éstos se cogen, la trampa se olvida. El fin de una trampa para ratones es atrapar ratones y, cuando esto se consigue, la trampa se olvida. El fin de las palabras es servir de vehículo a las ideas. Cuando las ideas son aprehendidas, se olvidan las palabras. ¿Dónde encontrar un hombre que haya olvidado las palabras? Con este hombre es con quien yo quisiera hablar”⁶.

El silencio ante lo inefable

En determinados momentos es necesario callar sobre lo que no se puede

⁵ FÓRTICE, Diádoco de, *La filocalia*, Buenos Aires, Lumen, 1979, p. 68.

⁶ MERTON, Thomas, *The way of Chuang Tzu*, New York, New Directions Publishing Corp., 1985, p. 154.

expresar con palabras, sobre lo inefable. Lo recordaba aquel joven que iba para arquitecto y se quedó en trapense, san Rafael. Ante el Misterio nuestro saber no pasa de la aproximación y nuestro discurso es puro balbuceo. “Cuando el espíritu calla de tanto como tiene que manifestar, no vale ningún idioma”, afirma J. Guillén en su estudio sobre S. Juan de la Cruz⁷.

Si el hombre busca y trata de expresar con palabras el misterio que le envuelve y le desborda, llegará un momento en que tendrá que dar un salto cualitativo y convertirse en el hombre capaz de callar y adorar. El silencio de la adoración no es mutismo robador de la palabra debida y esperada, sino cabal expresión de la incapacidad para decir y decirse. Es desbordamiento en el que el hombre calla de tanto como tiene que expresar.

Para el místico como para el amante, las palabras no son ni domésticas ni domesticables, sino que permanecen en su estado originario y hablar puede resultar la suma impertinencia. Esto no significa sacrificio o aniquilación cruenta, sino una especie de ofertorio, cuando se ha comprendido que la palabra no lo es todo. Si los místicos hablan o escriben de Dios no es tanto para darle a conocer cuanto para que podamos unirnos a El. Quieren suscitar la experiencia de Dios en nuestros corazones, pretenden despertar la atracción hacia el Misterio que nos habita. Ver en el interior no significa imaginar subjetivamente. Lo verdaderamente importante es invisible para los ojos; sólo se ve bien con el corazón, como dijo Charles Péguy.

Sin embargo, no faltan ocasiones en que el silencio sobre lo esencial ya no puede ser observado sin lesionar el deber de sinceridad y de verdad, y sin poner en peligro el núcleo mismo de lo esencial⁸. Dios ha puesto en el corazón de todo hombre un pozo profundo en el que puede hallar el agua de la vida. Hay que excavarlo para que el agua emerja de las profundidades.

Es la intimidad del corazón lugar sellado donde puedes encontrar a Dios y vivir en comunión con Él. No des rodeos para encontrarte con Dios que habita tu corazón. En el silencio pronuncia el Padre su Única Palabra: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco”. Calla y acoge. Olvida tus proyectos para descubrir el plan de Dios sobre ti. Con el inmenso ruido que llevas dentro, nunca oirás la suave brisa en la que Dios se manifiesta. Calla.

Aprende a reunir todas tus fuerzas para caminar silenciosamente al encuentro de quien te ama. Entrégale a tu Dios todos tus ruidos; reposa en Él. “Venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré”, dice el Señor. ¿Estás enfurecido porque te han humillado y han pisado tus derechos? Guarda

⁷ GUILLÉN, J., *Lenguaje y poesía*, op. cit., p. 109.

⁸ Cf. GUITTON, J., *Silencio sobre lo [...]*, op. cit.

silencio y desahógate con Dios. Encontrarás la paz del corazón. Y sólo después hallarás las palabras adecuadas para decir la verdad sin causar heridas. Escucha los latidos del Corazón de Dios en un encuentro de dos silencios que se buscan. Desciende, baja hasta tu propio corazón. A Dios, no lo olvides, sólo se llega descendiendo. Y no temas alejarte de los hombres, tus hermanos, porque es en Dios donde de verdad los encontrarás. En este lugar sagrado podrás vivir la experiencia de lo que realmente es vivir, morir, y resucitar.

El gusto de la Palabra lo tiene únicamente quien saborea el silencio. El hombre de la Palabra es, ante todo, el hombre del silencio. Antes de tener el coraje de las palabras, los verdaderos profetas tienen el coraje del silencio. En el silencio es donde la Palabra se apodera de ellos, se hace carne de su carne y vida de su vida. Es en el silencio donde la Palabra se incorpora a nosotros, se encarna en nosotros, madura en nosotros. Y nosotros maduramos con ella. Es en el silencio donde la Palabra alcanza su propia fuerza creadora, donde encuentra su fecundidad y nos descubre nuestra verdad. Sin silencio decimos cosas, pero nuestras palabras se niegan a "hablar", no dicen nada.

Nuestra palabra y nuestra vida en este mundo dominado por el ruido llegarán a su destino si están impregnadas de silencio. Este es el caso de Juan el Bautista -surgió del desierto y vivió en él- y de las comunidades cristianas primitivas que nos han transmitido su testimonio. Testimonio confirmado por su propia experiencia. Testimonio realista, humilde, en el que ha desaparecido todo triunfalismo personal.

Dios habla en el silencio

El silencio nos conduce al encuentro con Dios y con nosotros mismos. En él nos damos cuenta de nuestra naturaleza herida, de nuestra pobreza, de la necesidad que tenemos de Dios.

El silencio es una de las condiciones para que resuene la voz de Dios, para 'sentir y gustar las cosas internamente' (S. Ignacio de Loyola), por 'de dentro', como gustaba decir Quevedo. Sólo desde el fondo del silencio puede emerger una palabra profunda, sólo desde él se puede leer dialogando con el autor o escribir sin traicionar la experiencia.

La página en blanco -dice el poeta argentino Roberto Juaroz- es un oído que aguarda, por eso, toda obra literaria o de pensamiento filosófico o teológico descansa sobre un lecho de silencio. Incluso pudiéramos decir que son monumentos de silencio. Sólo quien sabe guardar silencio, sabe esencialmente hablar y actuar (Kierkegaard).

Cuánto silencio se necesita para ver todo lo que hay en un cuadro⁹. Como ha mostrado J. L. Chrétienne en *El arca y la palabra*, el silencio es posibilidad de escucha, posibilidad de respuesta, lugar de encuentro y presencia mutua, de recuperarse para la ofrenda, pero también exceso, éxtasis, silencio místico, su posibilidad más alta, donde la palabra recibe -en la sorpresa y la pasividad- el don de un silencio más elevado.

Los poetas han sido maestros consumados del silencio. Claude Vigée oye verdear un avellano (“Je écoute / Un jeune noisetier/ verdir”), y Patocchi oye rezar a lo lejos las fuentes de la tierra. La poetisa de lengua portuguesa Sophia de Mello tiene un verso que contagia ondas de silencio: “Como el rumor del mar dentro de una concha /lo divino susurra en el universo/ Algo emerge: primordial proyecto”¹⁰.

Nadie puede acercarse a ti que eres Inaccesible. Nadie puede comprenderte si Tu mismo no te das a él. Y, ¿cómo te me vas a dar Tu, si no me das primero a mí mismo? Mientras yo estoy aquí en el sosiego de mi silencio y de mi contemplación, Tú me respondes, Señor, en lo más profundo de mi ser [Nicolás de Cusa].

SERVIDORES DE LA PALABRA

La comunidad cristiana existe para comunicar el Evangelio. Del coloquio con Dios se pasa al anuncio. Jesús resucitado capacita a los apóstoles y a los discípulos para hablar en su nombre. Había llegado la hora de bajar a la plaza y de hablar con los que habían llegado del mundo entero. Cuando “todos se ponen a hablar en diversas lenguas” (Hech 2,4) y a “proclamar las maravillas de Dios” (Hech 2,11). Llega el Espíritu y se produce el triunfo de la Palabra. En Hech 2, 1-3, hasta por cinco veces se menciona este hecho, absolutamente nuevo, el grupo de los discípulos hasta ahora callados, comienzan a hablar. Pedro, como portavoz y corifeo (2,14), lanza un mensaje que debe llegar a todo el mundo. La Iglesia, tras escuchar al Señor en oración, ahora, gracias al Espíritu, anuncia la Buena Nueva capaz de transformar el mundo. Obedece a su Señor: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16, 15). “Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado” (Mt 28, 19-20).

⁹ Cf. CHRÉTIENE, Jean-Louis, “Le silence dans la peinture”, en CHRÉTIENE, J.- L., *Corps à corps. A l'écoute de l'oeuvre d'art*, Paris, Ed de Minuit, 1997.

¹⁰ MELLO, Sophia de, *Obra poética*, Lisboa, 1991, III, p. 184. Para todo este apartado Cf. RODRIGUEZ PANIZO, Pedro, “Sólo la sed nos alumbra”, *Miscelánea Comillas*, 112, 2000, pp. 3-26 (aquí 15-16).

Ungidos por el Espíritu

La unción del Espíritu Santo, que capacita a quien la recibe para realizar la misión que se le encomienda. Jesús, bautizado en el Jordán (Cf. Lc 3, 21-22), fue ungido por el Espíritu Santo como siervo del Señor, para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor (Cf. Lc 4, 18-19). Nosotros somos ungidos con Espíritu Santo para ser testigos de Jesús hasta los confines de la tierra (Cf. Hch 1, 5. 8).

El Espíritu de Jesús vive en nosotros y es también nuestro abogado (Cf. Jn 14, 15-17); el Espíritu es nuestro maestro interior, el único que conoce las palabras de Jesús y nos las puede enseñar. Movidos por el Espíritu, escribieron los autores sagrados y predicaron los testigos del evangelio. Asistidos por el Espíritu hallaron palabras adecuadas para su defensa los perseguidos por el nombre de Jesús.

El Espíritu es la fuente de la que provienen las palabras que necesitamos para contar las maravillas de Dios pues él es el único que conoce las profundidades de Dios. El Espíritu escoge para la misión. Nadie piense que podrá servir al Reino de Dios y hacerse siervo de la palabra si no le mueve el Espíritu de Jesús, pues ni siquiera podemos decir: «Jesús es el Señor», si no es impulsados por el Espíritu Santo.

277

La Iglesia, comunidad en misión

Cristo el Señor, el Resucitado revestido de poder, es el que ahora envía a sus discípulos, bautizados con Espíritu Santo, a proclamar el evangelio a toda la creación. Para discernir lo que hemos de anunciar, necesitamos recordar siempre de quién somos enviados, pues suyo ha de ser el mensaje que nosotros transmitimos. Nosotros somos apóstoles de Cristo, enviados por él, como él había sido enviado por el Padre, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón.

Condición indispensable para asumir la misión evangelizadora y realizarla con fidelidad es reconocer al Señor, tratar mucho con Él. Mientras no aprendamos a ver y creer, mientras con el discípulo amado no sepamos interpretar los signos de la presencia de Cristo entre nosotros, no habrá Buena Noticia que podamos anunciar al mundo, pues la única noticia que hace buenas todas las cosas es Cristo Resucitado.

Si no reconocemos presente a Cristo que nos envía, hablaremos de nosotros y no de él, propondremos nuestras ideas y no su vida, podremos ser jefes religiosos, dirigentes políticos, líderes sociales, pero no seremos apóstoles del evangelio. La predicación empieza por la adoración: *Viéndolo, lo adoraron*. Pero, además de ver y adorar al Señor, será necesario para nosotros discernir con

claridad la misión que él nos encomienda.

El evangelista Marcos la expresó así: “Proclamad la Buena Nueva a toda la creación”. Por su parte, Mateo escribió: “Sed maestros de todas las gentes, bautizándolas... enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado”. Cristo resucitado es el que nos envía, y es a Cristo resucitado a quien hemos de anunciar. De él recibimos el mandato misionero, y sólo él es el contenido de la misión.

La Iglesia no puede dejar de “ser Iglesia en salida”, porque a todos ha de llamar para que entren a formar parte del Pueblo de Dios. Si la Iglesia dejase de “ir a proclamar el evangelio”, habría dejado de ser la Iglesia de Cristo. La Iglesia no ha de recorrer un camino sino todos los caminos de la humanidad, a eso le obliga la misión universal que Cristo resucitado le ha encomendado.